

DIANA SAGUNTINA

Historia de un célebre Santuario Ibérico

Por A. García Bellido

(De la Real Academia de la Historia)

Por considerarlo de extraordinario interés para Sagunto, a continuación insertamos un documentado artículo del ilustre profesor Sr. García Bellido, aparecido en el diario ABC de Madrid.

No es una ciudad Sagunto que haya que presentar al lector. La acertada restitución de su viejo nombre (hasta 1868 se ha devuelto, con la gloria de su nombre llamaba Murviedro, es decir, "muros viejos", aludiendo a sus ruinas antiguas), le pretérito, su historia y su fama. Si ahora vamos a hablar de Sagunto es porque aún hay algo que añadir a aquella historia y fama: los restos impresionantes de aquello que fue en sus días el famoso templo de Artemis, el Artemisio saguntino, el mismo que vio Aníbal y hubo de respetar cuando tomó la ciudad.

Los autores griegos y latinos no suelen ser demasiado generosos en datos precisos sobre muchos temas que hoy nos salen al paso por hallazgos o descubrimientos arqueológicos más o menos casuales. No siempre esta parquedad es achacable ciertamente a los mismos escritores antiguos. En muchos casos es debida a la pérdida de buena parte del caudal de sus escritos, pérdida con la que se ha pagado —a veces con lamentable usura, es verdad— el paso de los siglos y con él los cambios de culturas y de civilizaciones. Pero afortunadamente, y por excepción nada frecuente, han llegado a nosotros datos escritos suficientes para poder afirmar que el grandioso lienzo de muro que hoy día muestra sus colosales sillares en las faldas inferiores de la acrópolis saguntina es lo que queda de aquel famoso templo de Artemis, quizá el más importante de la antigüedad hispana anterior a la lle-

gada de los romanos. El Gobierno (Consejo de Ministros de 27-XI 63) ha tenido el acierto de declarar tales restos Monumento Nacional. El tema, pues, con ser tan viejo, recobra actualidad, por lo que creo vale la pena dedicarle unas líneas. Para la mejor comprensión de su significado y de su ambientación histórica conviene nos entretengamos con un breve preludeo.

Cuando los griegos —allá por los siglos VII a VI antes de Cristo (¡dos mil seiscientos, dos mil ochocientos años antes de los que vivimos!)— se interesaron por conocer y explorar las tierras más remotas del mar Mediterráneo, aquellas por donde les llegaba la noche y en las que colocaban las más audaces aventuras de sus dioses y héroes (Hércules, Perseo, Menesteo, las Gorgonas, Gerión...) se tropezaron, como no podían menos, con las costas de España. Aquellos "colones" y "pinzones" del "viejo mundo" vieron que tales costas eran hospitalarias y acogedoras, soleadas y azules como las suyas, ricas en valiosos minerales, fértiles, y buscaron los modos y maneras de trasladarse a ellas fundando colonias de griegos. Así nacieron Mainake, cerca de Málaga, Hemeroskopeion (la ciudad que "mira al sol de Levante"), próxima a Denia, Rhode ("la rosa"), donde hoy Rosas, en el golfo de su nombre, y Emporion ("el puerto de trueque", "el trocadero"), hoy Ampurias, en el mismo golfo, y otras más de nombres igualmente bellos y significativos, pero cuya enumeración no importa ahora.

Con los nuevos llegados vinieron sus hábitos, costumbres, su lengua griega y, naturalmente y en primer lugar, sus dioses. Entre éstos destacaba como principal la deidad femenina tutelar de aquellos navegantes, su "patrona", Artemis. Artemis era una divinidad de la tierra fecunda; era señora de las cosechas óptimas, de los bosques preñados de misterio, de sus feroces alimañas de presa; era reina de la noche y diosa de la caza, tenía poder omnímodo sobre el destino del hombre y como "Señora de las fieras" (la Potnia theón de los griegos) domeñaba sus salvajes rebeldías, haciéndolas mansas y dóciles. Artemis era un numen poderoso y elemental, dueño de todo lo creado. Era la propia Naturaleza. Con las transformaciones que el tiempo y el cambio de ambiente impone a todo, esta deidad griega pasó luego a identificarse con otra latina del mismo signo, con Diana, nombre con el que es más conocida. Artemis tuvo en Asia Menor, de donde era originaria, un santuario famoso entre todos, el de Efeso. Por él fue conocida antonomásticamente como la Artemis (Diana) de Efeso, la misma con la que tuvo que habérselas el Apóstol Pablo cuando, predicando temerariamente la doctrina de Cristo entre efesios, estuvo a punto de ser "linchado" por la multitud, indignada de creer menospreciada su diosa (Hechos, XIX, 27 y ss.).

Artemis tuvo culto en España, pero no ya sólo entre los griegos aquí establecidos, sino también entre los iberos de la costa, sus vecinos, quienes sin duda, la identificaron con alguna deidad homóloga de su propia religión. Estrabón, el célebre geógrafo griego, que escribía hacia el cambio de Era, nos dice, tomándolo de fuentes más antiguas, que Artemis era venerada en Rhode y Emporion, así como en Hemeroskopeión, "cuyo templo —subraya el geógrafo— era muy famoso". Pero en otro lugar añade que los colonos griegos "enseñaron a los iberos los ritos de su culto nacional a Artemis y hoy los vemos —dice— sacrificar en su honor a la manera de los helenos" Artemis era, pues, una deidad adoptada por los iberos helenizados de la costa mediterránea en contacto más

activo con la Hélade. Ello no es de extrañar, pero conviene destacarlo porque Sagunto, situada en medio de esta costa, no fue, pese a la leyenda, colonia griega, no obstante lo cual, también poseyó un templo magnífico consagrado a la deidad helenica.

No sabemos cuándo se alzó este santuario saguntino, pero sí sabemos que existía a fines del siglo III antes de J. C. Conjugando datos ciertos con hipótesis verosímiles, cabría aventurar que el templo hubo de ser edificado hacia el siglo V antes de J. C., no habiendo obstáculo para añadir o quitar a esta data que damos como mera referencia cronológica. Pero vamos a hechos más concretos.

La más famosa de las tres guerras púnicas, la llamada anibálica por el nombre de su principal protagonista, Aníbal, comenzó con un acto provocativo, con el sitio y toma de Sagunto. Por Plinio sabemos que en la parte baja de la ciudad, al pie de su orgullosa fortaleza ("infra oppidum", dice el naturalista) se alzaba el famoso templo que los saguntinos habían levantado en honor de Artemis. Durante el difícil y prolongado sitio que el general cartaginés puso a la ciudad, mejor dicho a su fortaleza (el actual castillo), el templo estuvo en su poder, pues estaba fuera del recinto murado de la acrópolis. Aníbal pudo destruirlo como en otros casos himilares ocurrió, pero se abstuvo de ello, al decir de Plinio, por respeto religioso ("cui pepercit religione inductus"). El polígrafo latino, que desempeñó un cargo administrativo en España, parece que estuvo en Sagunto, donde recogió el dato de la vetustez del Artemision y de sus viejas y —en su tiempo— aún conservadas vigas de junípero. También habló de él Bocchus, personaje mal conocido, pero al que cita Plinio como fuente de información en esta coyuntura. Estos son, en resumen, los datos que convenía anteponer a la descripción de los restos conocidos como pertinentes al Artemision de Sagunto. Vamos ahora a presentarlos.

En los patios zagueros de unas casas cuyas fachadas dan a la calle del Sagra-

rio, inmediata a la iglesia parroquial, por tanto, en el casco urbano bajo, se ve un paramento de sillares enormes, algunos de los cuales alcanzan casi los tres metros de longitud. Aunque las caras visibles son en su mayor parte cuadriláteros de formas trapeziales y ángulos distintos, hay varias que componen polígonos de seis y más lados. Lo admirable de estas colosales piezas, de varias toneladas de peso, es su perfecta labra y la exacta coordinación de sus juntas. Pese a sus dimensiones y dadas sus diversas formas, cada uno de estos sillares fue dibujado y labrado para ocupar, precisamente, el lugar que aún ocupan. No hay dos sillares iguales cuya colocación fuera indiferente. Todos se labraron ex profeso para su sitio, teniendo en cuenta sus vecinos. Este muro, que en lo visible tiene más de quince metros y que no parece fuera mucho mayor, hubo de servir de revestimiento externo a una terraza cuyo núcleo es la roca virgen del cerro a cuyas faldas se yergue. Todo lo dicho, más el hecho de haberse descubierto en sus inmediaciones y sobre el mismo paramento varias lápidas dedicadas a Diana (Artemis) y de coincidir con la situación que Plinio adjudica al santuario (al pie de la acrópolis), permite deducir que el soberbio paramento hubo de ser, si no precisamente pared del templo mismo, sí, al menos, el muro de la plataforma o terraza sobre la cual se alzara salvando el fuerte desnivel de la loma.

De lo que fuera el templo propiamente dicho nada concreto podemos decir por el momento, aunque sea lícito suponer que su aspecto iría en consonancia con la grandiosidad de su plataforma o "podium".

Son relativamente numerosas las construcciones antiguas con aparejo semejante en forma, destino y procedimientos al saguntino. Puede decirse que este modo de tallar y aparejar la piedra constituyó una moda en todo el Mediterráneo entre los siglos VII y II antes de J. C., singularmente aplicado a lienzos defensivos, terrazas y plataformas de templos, caso este último que vemos corresponde al Artemision de Sagunto. Pueden aducirse muchos ejemplos dispersos, tanto por Asia Menor, Grecia e Italia como por la misma España, donde —a más del que nos ocupa— se conocen el de las murallas de Olérdola (provincia de Barcelona) y el de la cámara sepulcral de Toya (provincia de Jaén), construcciones ambas virtualmente coetáneas (acaso algo más recientes) de la saguntina, de cuya data y destino —digámoslo para terminar— podrá sin duda precisarse más tan pronto como se acometan excavaciones científicamente llevadas en derredor del nuevo monumento con que recientemente se ha enriquecido el Patrimonio Histórico y Artístico Español.

A. G. y B.

(Del diario "A B C", de Madrid)

